—Mañana mismo, señor de Capres, y quedaréis muy satisfecho.

—¿De modo que en dos ó tres dias nada podréis emprender?

—Nada. Trabajad vos durante ellos, que ya me llegará mi turno.

—En ellos haré cuanto pueda, y aseguro que no haré poco.

—Mientras voy reuniendo mi gente, instar al príncipe noche y dia; pues viendo que queréis llevarle á Bruselas se creerá seguro en Namur, y es el modo de que aseguremos el golpe.

—Teneis razon: le instaré sin darle descanso un solo momento del dia.

—¿Cuándo iréis á verlo, Bouneville, empezando vuestra mision?

—Esta noche, capitan Rodolfo, ya que os queréis llamar así.

—Opino que no le digais nada hoy. Tengamos un poco de calma.

—Ya lo veo. Se encontrará muy ocupado con la hermosa reina de Navarra, para atender á otros negocios, por mas importantes que sean.

—Y bastante tendrá que hacer si ha de dejarla satisfecha.

—¿Creeis que el príncipe galanteará á la esposa de Enrique de Bearne?

—Sé quien es la reina Margarita, y basta con ello, Bouneville.

—¡Vive Dios! que es muy hermosa la joven reina de Navarra.

—Demasiado hermosa, si no fuera tambien muy amable.

—Nos vamos haciendo murmuradores, capitan Rodolfo.

—Teneis razon. ¿Qué nos importan esas boberías?

La conversacion se interrumpió, hicieron ruido los sitiales y la viajera salió del hueco, pudiendo apenas respirar.

Dos conversaciones habian tocado el capitan y Bouneville: era la primera un doble plan de conspiracion contra el príncipe, pero sus efectos no eran inmediatos, y podian ser muy inseguros: la segunda tenia otro carácter; se hablaba de D. Juan, de la reina, de su hermosura, de su amabilidad tambien. Creian que el príncipe debia obsequiarla, y que tendria que obsequiarla mucho para dejarla satisfecha: estas palabras podrian no decir nada, mas era posible tambien que tuvieran un gran sentido.

La viajera encendió una bujía, que puso en la mesa de la sala, y entró sola en el gabinete, cuyo balcon estaba abierto, dando entrada á los ricos perfumes de las mil flores del jardin.

La luna reflejaba blandamente en la superficie de una gran pila de alabastro, y los pececillos jugueteando parecian otras tantas sombras errantes en un espejo de cristal. Los árboles mecian sus ramas cargadas de dorados frutos al suave soplo de la brisa, y algunas aves, sacudidas en sus flotantes nidos, revoloteaban sin poder casi sostenerse. En este cuadro delicioso apenas paró la viajera su atencion, ya muy preocupada por profundas meditaciones; pero sí prestó atento oido á unos pasos que se percibian en una habitacion contigua á la suya, con varios balcones al jardin, y siguió con afan un rayo de luz, que saliendo por una ventana cayó sobre la gran taza de mármol, dorando un poco mas su superficie.

La luz perdió su ondulacion, pero los pasos se acercaron mas á los balcones; y, retirándose la jóven del suyo por temor de ser conocida, oyó que los recien llegados continuaban una conversacion con mezcla de burla é interés.

—No te engañes en decir lo contrario, decia un jovencito de veinte años á otro que rayaba en los treinta: el arreglo no podia ser peor: conozco que no era fácil hacer otra cosa, pero de todos modos protesto contra tan injusto proceder.

—¿Has entregado tu corazon, querido conde, á la seductora Diana? ¿Te has hecho su esclavo? preguntaba el segundo interlocutor.

—No, duque: son mas humildes mis pretensiones; y en vez de remontarse hasta la diosa, me contento con adorar á una de sus ninfas, casi tan hermosa como ella.

—Discreto has sido ¡vive Dios! en tus mitológicos amores, y es muy estraño que la errante corte de Margarita no conozca tus aventuras. ¿Por qué guardar tanto misterio?

—El misterio, querido duque, da mil atractivos al amor.

—Brillante mácsima en una boca de veinte años.

—Y en una de treinta, ¿qué tal sentaria, amigo mio?

—En una de treinta, habiendo pasado algunos de ellos en la corte de Cárlos IX ó Enrique III, seria un lastimoso contrasentido. Desengáñate, los cortesanos de los tres últimos reyes de Francia, están familiarizados con el escándalo y no temen á los venenos. Esto es hablar como francés.

—Hablas como buen hugonote, amigo del rey de Navarra.

—Tuve la fortuna de escapar de la matanza de S. Bartolomé. Pero doblemos esta hoja, que hierve mi sangre al recordarla.

Los dos jóvenes, que parecian pertenecer á la comitiva de la reina, interrumpieron su conversacion, y la viajera no sabia esplicarse qué disposicion ecsasperaba el ánimo de aquel mancebo. Sentia al par de muerte tan inesperada interrupcion, y no respiraba por no perder una sola sílaba si la anudaban.

—Querido duque, repuso por fin el mas jóven, no ha sido mi ánimo ofenderte; y si inadvertidamente he dicho....

—Dejemos esa conversacion, que solamente es enojosa.

—Pero hablemos de mis amores, si te place, y de la injusticia del príncipe: injusticia que no perdonaré jamas.

La viajera se aprocsimó mas al balcon, aun con peligro de ser vista: el jóven prosiguió narrando con alegre volubilidad:

—Convengo contigo en que Diana dispensará sus preciosos favores al glorioso vencedor de Lepanto: convendria en que el gran capitan la declarara buena presa ó la detuviera en secuestro: convendré en mas si es necesario, ¿pero, para retener la diosa, por qué aprisionar tambien las nifas?

—Porque los cabos subalternos querrán tener alguna esclava, y no les faltará razon. El botin debe repartirse.

—¿Lo dices formal? preguntó el conde con acento un tanto desabrido.

—No me rio: y puedes cerciorarte mirándome el rostro.

—Mira que soy capaz de hacer....

—¿Qué?

—Una locura.

—¿De qué tamaño?

—De un tamaño que sea la octava maravilla.

—¿Abultará tanto como mi primo el duque de Maine?

—Mucho mas, duque: te repito que mucho mas.

—Será tan larga como la nariz de maesse Renato, el químico, astrólogo y envenenador de S. M. la reina madre, por otro nombre, Catalina de Médicis?

—Cien veces mas; mil veces mas; y hasta diré un millon de veces.

—¿Una locura tan espantosa como la que queria cometer Turenne, porque se cansó de él Diana?

—Incomparablemente mayor.

—Esplícame lo que quieres hacer.

—Quiero ir á palacio.

—¿Y sentarte á la puerta?

—No, quiero subir.

—¿El primer escalon?

—Tampoco.

—¿Hasta la meseta?

—Quiero hacer ruido, dar un escándalo....

—Calla, calla. Tienes la cabeza muy caliente, y necesitas descansar: probemos, pues, si las camas de maesse Albino son tan blandas como caras sus habitaciones; y es lo mejor que puedes hacer esta noche.

—Bien se conoce, querido duque, que no estás enamorado.

—Distingo: si por enamorado entiendes haber perdido la chabeta, afortunadamente no lo estoy; pero si enamorado llamas al que tiene intriguillas, te juro que en la corte de Margarita no encontrarás un solo caballero enteramente libre del amor: y como ves, soy caballero de la corte de Margarita.

—¡Ay! duque, mientras yo suspiro te burlas, dijo el conde cómicamente.

—Eso consiste en que tengo diez años mas que tú, repuso el duque con frialdad.

—En que está gastado tu corazon como el de la reina de Navarra.

—Bien puede ser, y recuerdo un adagio latino, que aplica la reina muchas veces: *Guta cavat lapidem, no semel nisi semper cadendo.*

—Erudito estás esta noche, y me ha convencido tu latin, aunque no lo entiendo.

—Si quieres brillar algun dia en la corte de la reina Margarita, y cruzando el tropel de ninfas llegar al templo de la Diosa, es preciso que aprendas latin y aun griego, para hablar en él á la deidad.

—Trabajo me das, querido duque, harto superior á mis fuerzas.

—Por ahora quiero darte descanso, ó dármelo al menos. Buenas noches: no quiero que Diana y el príncipe....

Los jóvenes cerraron las maderas, durante las últimas palabras, y se fueron alejando de modo que la viajera dejó de oirlos por mas que fijaba la atencion. Reducida á meditar á solas sobre cuanto acababa de oir, sacaba en claro, que Margarita y todas sus damas se habian alojado en el *palacio de las flores*, á despecho de los galanes que adoraban á Margarita de Valois y á las hermosas edecanas que tan discretamente la servian en sus continuas guerras de amor. ¿Pero quién era aquella Diana, cuyo nombre habian repetido varias veces, ya mezclándolo con el del príncipe, ya presentándola como hermosa entre las hermosas, rica en seducciones y en poder? La viajera se confundia, meditaba, volvia á combinar sus ideas sin adelantar un solo paso. Pasó una malísima noche por no saber quién era Diana, y con todo el mas rudo francés la hubiera dicho: "Margarita de Valois, hermana de Enrique III de Francia, y esposa de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne y rey de Navarra, aunque sin reino, se llama á sí misma Diana."

CAPÍTULO XVI.

LA REINA DE NAVARRA.

Dos retratos podemos hacer de Margarita de Valois; el uno de su rostro encantador, y el otro de su vida y costumbres: empezarémos por este último, ó mejor dicho, dejarémos á su digno esposo que nos lo haga. Dice así Enrique el Grande, en su manifiesto contra su esposa, publicado para legitimar su demanda de nulidad de matrimonio.

"Yo no sabia que Margarita á la tierna edad de once años empezó á mostrarse demasiado sensible al amor, ni que Entragues y Charrins se vanagloriaban á la vez de haber conseguido sus primeros favores. No diré si la generosa emulacion de monopolizar esta conquista ú otras causas, sin duda honrosas, pusieron á Entragues al borde de la tumba; lo cierto es que abandonó su patria, buscando en suelo estraño una mujer menos hermosa, pero mas discreta y moderada.

"El príncipe de Martigues ocupó el puesto que acababa de dejar Entragues, y mas feliz que su antecesor, triunfó enteramente de Charrins, á quien no amaba Margarita, quedando único poseedor del corazon de la princesa. Martigues, naturalmente vano, no ocultó su buena fortuna, y conocida de toda la corte, pasó al ejército, dando lugar á las picantes conversaciones de los oficiales de infantería, de cuya arma era el príncipe coronel. Este indiscreto amante se presentaba en los momentos de mayor peligro con una toquilla bordada y un perrito que le habia regalado la princesa, y que conser-

vó hasta su muerte, como gajes de un amor real. Derramó Margarita copiosas lágrimas por la muerte de este favorito, las que procuró enjugar su hermano, casándola con el rey de Portugal; pero el duque de Guisa, que echaba los fundamentos de la liga, y que pretendia, casándose con la princesa, legitimar sus injustos y ambiciosos designios, logró impedir la realizacion de este matrimonio, valiéndose del cardenal de Lorena, su tio, á la sazon embajador en España, para cumplimentar al rey católico por la muerte de Isabel de Francia, su esposa. Durante estas negociaciones ganó el duque el corazon de Margarita, merced á los buenos oficios de Mad. de Carnabaet, pero fué destronado en breve por los duques de Anjou y Alenzon; añadiendo la princesa á sus demás crímenes este doble incesto, cometido con sus dos jóvenes hermanos. Así habia obrado Margarita antes de nuestro matrimonio; por lo que se puede conocer que no fué glorioso mi triunfo.

"Nuestro casamiento alejó á estos indiscretos amantes, y tuvo que entregarse Margarita á menos públicos galanteos. La duquesa de Nevers su amiga, que amaba á Coconnas, la empeñó á que favoreciese á La Molle, confidente de sus intrigas, para evitar al jóven caballero el hastío de guardar las capas, mientras la duquesa y su amante conversaban alegremente. El plan era maravilloso; pero las dos buenas amigas no gozaron mucho de sus amantes, pues complicados en la conspiracion de los mariscales de Costé y Montmorency, fueron al fin decapitados. Tan caritativas señoras no dejaron por mucho tiempo espuestos á la vista del público los tristes restos de sus desgraciados amantes: rescataron las cabezas por sí mismas, las metieron en su litera, las llevaron á la capilla de S. Martin prócsima á Montmartre, y despues de haberlas humedecido con copioso raudal de lágrimas, las sepultaron con sus delicadas y blancas manos.

"Tan triste estaba Margarita por la muerte del jóven La Molle, que causó lástima á Saint Luc. Este cumplido caballero, con intento de consolarla, la visitó repetidas veces en Nerac, en el silencio de la noche y al abrigo de mil disfraces. Pero faltando durante el dia, producia su ausencia horrible hastío á la cariñosa princesa; y para entretener estos ocios recurrió á Bussy, paladin con alma de acero, que no se rindió á sus halagos. Es verdad que Bussy no era tan intrépido en las amorosas batallas como al frente de un aguerrido campo volante.

"La diferencia de partido no impidió á la reina Margarita recibir las finas atenciones del duque de Maine, buen compañero de placeres, alto, grueso y voluptuoso. La conformidad de sus gustos prolongó bastante este comercio, á pesar de la concurrencia de Mad. de Vitry, que hizo cuanto pudo para desavenirlos. El duque tuvo un dia la imprudencia de escribir á Margarita, "que preferia el sol á la luna:" lo que queria decir en buen francés, que preferia á Mad. de Vitry en competencia con la hermosa reina de Navarra: porque mi casta esposa se hacia llamar Diana: pero á pesar de tan grave ofensa, la reina y el duque hicieron las paces, y la luna eclipsó al sol (1)."

Este libelo recorre un periodo de mas de treinta años: continúa pintando á la reina con tales ó mas negros colores, y echa un eterno borron de infamia sobre la memoria de Enrique IV, llamado *el grande* por las escritores franceses, pero muy mediano en verdad: pues si tuvo algunas relevantes dotes como capitan y como rey, le faltaron tantas como á esposo, y aun como á hombre, que sus defectos obscurecen la brillantez de las primeras, reduciéndolo á muy humilde condicion.

La hermosura de Margarita era proverbial, no solo en la corte de Francia sino en la Europa y en el mundo. La regularidad de sus facciones, la delicadeza de su tez, lo flecsible y esbelto de su talle, la sedosidad de sus cabellos, su pequeña boca, su garganta, sus piés, sus manos, y particularmente aquellos ojos, fieros, lánguidos, voluptuosos, inteligentes; en una palabra, indescriptibles: cuyas penetrantes miradas aterraban al mas altivo: cuyas miradas voluptuosas hacian arder al mas helado, y cuyas lánguidas miradas adormecian, como el canto de las sirenas ó las alas de los vampiros, la presentaban sin rival.

Alrededor de esta Calipso vagaban cien hermosas ninfas, brillantes cuando estaban solas, pero que quedaban eclipsadas al presentarse Margarita, como se eclipsan las estrellas aun antes de brillar el sol.

Era el 25 de Junio, dia inmediato á la llegada de la reina, y se sucedian los festejos con asombrosa rapidez: toda Namur tomaba parte en los placeres de la corte, y todos parecian trastornados con la general embriaguez. Por la mañana cabalgada á las deliciosas alquerías, y opíparo desayuno campestre: al medio dia banquete regio: por la tarde paseo en falúas por el Mossa y Sambra; por la noche el mas espléndido sarao que habia presenciado la ciudad. Por todas partes el bullicio, las cantigas, las aclamaciones. En el interior del palacio amorosas rivalidades; en sus inmediaciones duelos y formidables estocadas entre españoles y franceses, entre franceses y flamencos; pues la corte de Margarita no podia llevar con paciencia que sus hermosas cortesanas concedieran ningun favor á los galantes estranjeros; y las damas, muy poco conformes con los deseos de sus galanes, recibian cada novedad como un manjar desconocido y sumamente apetitoso.

D. Juan de Austria, como español, como príncipe y caballero, hacia los honores á Margarita con su acostumbrada cortesía; admiraba la seductora voluptuosidad de aquella mujer, y muchas veces bajaba los ojos por no encontrarse con aquella poderosa mirada, muy difícil de resistir. Oía decir á sus cortesanos: "qué hermosa es la reina, qué hermosa;" pero D. Juan estaba seguro de haber conocido á una mujer mas hermosa que Margarita, y la comparacion perjudicaba á la esposa de Enrique IV. La reina de Navarra recibia las atenciones

(1) Amores de Enrique IV.

del austriaco con estraordinaria complacencia y con noble orgullo tambien. Veia en el príncipe un caballero mas galan que Enrique de Lorena, mas valiente que Bussy, mas noble que los príncipes de su propia sangre, y circundado de una aureola que no habia ceñido jamas la frente de sus pasados favoritos. Don Juan era hijo, aunque natural, del emperador Cárlos V; y este nombre llenaba la Europa, como el eco de ronco trueno, que rasga el seno de las nubes. Don Juan era hermano de Felipe II de España; y el nombre de Felipe II imponia á los últimos monarcas de la noble casa de Valois. Don Juan de Austria habia vencido á los moros de las Alpujarras, triunfado en Lepanto y echado cadenas al Africa: ¿no eran estas bastantes dotes para deslumbrar á una mujer?

Decir que la reina Margarita amaba al príncipe D. Juan seria profanar torpemente la palabra amor, y realzar el corazon de una mujer enteramente corrompida: pero sí puede asegurarse, que la voluptuosa Diana sentia hácia el príncipe una aficion mas entusiasta que la que tuvo á Entragues, Charrins y Martigues: mas dulce que la que la inspiró el duque de Guisa: mas penetrante que la que sintió por sus hermanos los duques de Anjou y de Alenzon: mas poética que la del desgraciado La Molle: mas lánguida que la de Saint Luc: mas punzante que la contrariada de Bussy: mas irritable que la del duque de Maine: en una palabra, la pasion que podia sentir una mujer como Margarita de Valois.

Así que concluyó el sarao, se despidieron los convidados, y al dejar D. Juan á Margarita en su habitacion, le detuvo la reina diciéndole:

—¿Estais muy cansado, D. Juan?

—Señora, le contestó el príncipe, un hombre que ha sufrido mil veces las fatigas del campamento, ¿podrá cansarse nunca en un sarao donde brilla vuestra hermosura?

—Pues si no estais cansado, príncipe, tened la bondad de concederme unos momentos.

—Estoy, señora, á vuestras órdenes.

La reina Margarita hizo una seña á sus lindas damas, y dando al príncipe su mano lo condujo á una hermosa cámara forrada de damasco blanco, alfombrada del mismo color y alumbrada por seis bujías en dos candelabros de plata. La esposa de Enrique de Borbon dejó sobre una mesa de ágata una gran parte de sus encajes y pedrería, soltó al desgaire algunos bucles de sus perfumados cabellos, y acercándose de nuevo al príncipe, lo condujo hasta una banqueta de terciopelo carmesí, y le rogó que tomara asiento, habiéndolo tomado ella misma.

—Debo empezar, dijo la reina, dándoos las gracias por las delicadas atenciones que habeis tenido la condescendencia de usar con una reina sin vasallos.

—Si no está en vuestras manos, señora, repuso el príncipe galantemente, el frágil cetro del pequeño reino de Navarra, conservais uno mas brillante y que os dá el imperio del mundo.

—No os entiendo, príncipe.

—Solo vos podeis no entenderme, señora, cuando un grito unánime os concede el imperio de la hermosura.

—No me habian engañado, diciéndome que la galantería francesa aparece pálido destello comparada con la española. Pero hablemos de otras materias mas importantes.

Un pensamiento brilló en la mente de D. Juan, y respondió con una frialdad, mas notable despues del pasado entusiasmo:

—Os escucho, noble princesa.

Margarita hizo un movimiento de impaciencia, y prosiguió:

—Los continuos obsequios que me habeis prodigado en un dia, no nos han dejado un momento para ocuparnos sin testigos el uno del otro. La corte de mi hermano Enrique me cree frívola, disipada y veleidosa; pero la corte se engaña mucho, porque siento algo en mi cabeza y muchísimo en mi corazon. Acostumbrada desde niña á vivir entre los placeres de una corte que daba un baile para preparar una venganza, me acostumbré tambien á reir cuando padecia profundamente, y todos tomaron la máscara, príncipe, por la realidad.

La narracion de Margarita iba tomando el giro de un cuento, y bien podia ser el principio de una confesion general: el príncipe escuchaba impasible y la reina continuó:

—Rodeada siempre de mentiras en palabras, hechos y hombres; viendo presentarse como héroes á menguados espadachines ó á imbéciles conspiradores, y como profundos políticos á cortesanos saltimbanquis, que fundaban toda su ciencia en las predicciones de un astrólogo ó en las promesas de una mujer, quise buscar algun sagrado para encerrar mi corazon, y lo hallé, D. Juan, en los libros.

La reina de Navarra se interrumpió, el príncipe puso mas atencion, y continuó Margarita:

—Sedienta de saber, aprendí en menos de un año el latin, y en diez y ocho meses el griego. Leí, príncipe, en esta lengua música los cantos del divino Homero, y lloré mil veces con Andrómaca al valiente hijo de Priamo. Me postré algunas veces de rodillas, creyendo ver la sombra de Aquiles; y al contemplar las llamas de Troya, pedí una lira, como Neron, para cantar desde un collado la ruina de la gran ciudad. Al compás de la cítara de Píndaro vi pasar los veloces carros, dando vueltas al hipódromo, las carreras del estadio, la lucha y el cruel pugilato: lloré con Safo la hermosa ilusion de unos desgraciados amores, y ceñí á Corina la corona, cien veces brillante, ganada al cantor de los vencedores olímpicos. Quise fortalecer mi alma, y leí á Sócrates, alimentándome al mismo tiempo con los discursos de Platon. Busqué la forma en Aristóteles, como busca cansado viajero el camino mas corto y seguro: admiré á Esquilo, Sófocles y Eurípides; cuyos héroes eran semidioses ó monstruos, cuyas virtudes y cuyos vicios cuesta trabajo comprender. Enaltecida con estas ideas, arrojé con desprecio á Menandro y maldije á Aristófanes, porque me parecia una impiedad arrojar el ridículo sobre la patria de Temístocles. Deseosa siempre de encontrar héroes, busqué á Xenofonte, cuya céle-

bre retirada, escrita, lo puso de improviso entre los sabios historiadores, y hecha, entre los grandes capitanes. Dejando la Grecia.... Pero, príncipe, abuso de mi erudicion.

—Proseguid, proseguid, señora.

Margarita se sonriyó, satisfecha su vanidad de sábia, si no su orgullo de mujer, y prosiguió:

—Despues de los griegos pasé, príncipe, á los latinos, y me pareció que descendia de la morada de los dioses á la de los simples mortales. Virgilio, cuyo laurel sagrado adorna las sienes de los vates, no era el genio creador de Homero: Séneca no se acercaba á Esquilo, no se igualaba con Píndaro Horacio. Tito Livio y Tácito cuentan batallas de hombres: César ve un mundo conocido y quiere ser su dueño, mientras Alejandro suspira, porque el mundo le parece estrecho comparado con su ambicion. Confesaré que los romanos, pasando el arado tres veces sobre la ciudad de Cartago, imitan á los lacedemonios borrando á Mesenia del número de las naciones; pero las batallas de Farsalia y Accium no podrán jamás compararse con las de Maraton, Platea y Salamina. En las primeras se disputaba quién habia de dar leyes al imperio, en las segundas la ecsistencia, como nacion, del pueblo de los semidioses. ¿Qué opinais, príncipe, de estos héroes?

—Los admiro, señora, los admiro, y os admiro á vos mucho mas; repuso el príncipe con un verdadero entusiasmo. Los ojos de la reina de Navarra brillaban tambien, y en ellos podia muy bien leerse una mágica espresion de triunfo. Inmediatamente prosiguió:

—Despues de haberme formado un mundo habitado por semidioses, juzgad si me parecerian pequeños los hombres que me rodeaban. No necesitaba compararlos con los héroes de Grecia y Roma, para encontrarlos miserables: me bastaba tender la vista á la irrupcion de los pueblos del Norte para encontrarme con Atila, *Azote de Dios*, que decia: "*Donde mi caballo fija la planta, no nace yerba;*" ó con Alarico abrevando los fogosos brutos del desierto en las bruñidas termas de Roma. Tambien encontraba en la edad media á Godofredo de Bullon y á los caballeros cruzados, tremolando en la Palestina el estandarte de la Cruz. Loca, príncipe, con mi mundo, soñaba cada noche un héroe, y al despertarme padecia los tormentos del que se encuentra con una esperanza burlada. Una noche, bien la recuerdo, habia soñado como de costumbre, y mi cerebro enardecido se habia trazado una figura como los mayores tipos griegos. Su frente tersa y despejada aparecia en toda su hermosura, brillaban sus radiantes ojos como los de Aquiles, é imponia temor y respeto con su continente marcial. De alta y elegante estatura, aparecia enteramente armado, brillando en su diestra una espada, salpicada de negra sangre. Marchaba con seguro paso sobre los mutilados troncos, y cada vez que movia los labios creia oir la palabra ¡Victoria!

—¡Hermoso sueño! esclamó el príncipe.

—¡Oh! ¡hermoso sueño, muy hermoso! A las descargas de la artillería se siguió un silencio profundo, y el héroe.... príncipe, esta fué la parte mas deliciosa de mi sueño: el héroe recibió su corona de las manos de Margarita.

—¡Mucho padeceríais, señora, al despertar! observó el príncipe, participando del entusiasmo de la reina.

—Al despertar, repuso Margarita con voz conmovida, supe todos los pormenores de la batalla de Lepanto.

—¡Señora!

—De esa gloriosísima batalla, que dió el imperio de los mares al estandarte de la Cruz: de esa batalla, que hizo al príncipe D. Juan de Austria el primer capitan del siglo.

—¡Señora!

—Perdonadme, príncipe, si mortifico vuestra modestia: soy entusiasta, y desde aquel dia fuísteis mi ensueño y aun mi Dios. ¡Cuánto ansiaba conoceros, cuánto! ¡Qué planes tan locos formaba mi calenturienta fantasía! Cuando me dirijí á Namur no tenia la esperanza de encontraros.... la esperanza, sí, porque mi corazon latia como no ha latido jamás. Os ví, príncipe, y realizásteis mis mas deliciosos ensueños: encontré en vos el rostro que me habia trazado la idea, y aquel continente marcial que daba á Hector y á Alejandro. Juzgad si necesitaria hablar con vos, veros, oiros; reducir un instante el mundo para habitar sola con el héroe; arrodillarme ante sus plantas y adorarlo como á mi Dios.

Margarita cayó de rodillas ante el príncipe: sus ojos despedian una llama radiante, y sus cabellos sombreaban una garganta de marfil. ¡Qué hermosa estaba Margarita! El príncipe la contemplaba en un éstasis delicioso: veia las palpitaciones de su pecho, el movimiento de sus labios, el suave carmin de sus mejillas, y cómo se cerraban sus ojos melancólicos y apagados. De improviso apoyó la reina su cabeza sobre las rodillas del príncipe, como si hubiera cedido al peso de una emocion estraordinaria: el guerrero se estremeció, y murmuró, haciendo un esfuerzo:

—¡Señora!...

La reina permaneció inmóvil.

—¡Margarita! repitió el príncipe cojiendo sus manos.

Margarita no movió sus labios siquiera. D. Juan sostuvo su cabeza, cojió su delgada cintura, y alzándola, como á una pluma, la sentó sobre la banqueta. Margarita apoyó su frente sobre el corazon del austriaco, que ceñia su talle para sostenerla mejor. El príncipe se estremecia cada vez que fijaba sus ojos en el semblante de la hermosa: luchaba contra mil afectos, y no sabia cómo poner fin á tan encarnizada lucha. Queria llamar, pero ¿qué decir á las camaristas de la reina? Permanecer teniendo en sus brazos á una mujer tan entusiasta, tan entendida, noble y hermosa, agotaba sus buenos propósitos, y era empresa muy superior á las fuerzas de un simple mortal. Apartaba D. Juan sus miradas de la encantadora mujer; pero hubo un momento en que el príncipe no fué dueño de contenerse, y vió una lágrima correr por la mejilla de la reina.

Aquella lágrima esplicaba una larga historia de amor: aquella lágrima no debia perderse, y el príncipe la cojió en sus labios: mas volviendo en sí, alzó la cabeza, miró al espejo, y lanzó un grito de espanto y dolor á la vez.

—¡Príncipe! esclamó Margarita, levantándose sobresaltada.

—Mirad, señora: dijo el príncipe tendiendo la mano hácia el espejo.

—*¡La dama negra!* esclamó Margarita, que conocia las tradiciones alemanas.

—*¡La dama negra!* repitió D. Juan, lanzando un profundo suspiro y saliéndose de la estancia.

CAPÍTULO XVII.

LA CÁMARA.

La aparicion de *la dama negra* sorprendió al príncipe D. Juan, que no tenia el mas pequeño antecedente de su salida de Bruselas, como una muda acusacion, ó como la presencia de un padre sorprende al hijo que delinque: pero la reina de Navarra quedó pálida, como un cadáver, considerándola una aparicion, mensajera siempre de desgracias. El austriaco no intentó siquiera ecsaminar la habitacion; pero la reina Margarita, cuya vida, en suma aventurera, le habia presentado mil ocasiones de adquirir presencia de ánimo, se repuso antes de llamar á sus damas, echó una ojeada en derredor, y solo cuando estuvo sola con su confidenta y favorita, manifestó que habia oido ruido durante su conversacion con el príncipe, y que le parecia prudente registrar el gabinete, y aun la alcoba. Se verificó este registro sin dar el mas leve resultado, y Margarita se acostó, pensando en la gran habilidad que habia desplegado en su comedia, y maldiciendo el imprevisto desenlace.

D. Juan cruzó las antecámaras de la reina, sin saludar siquiera á las damas que en ellas habia, las que quedaron descontentas del poco galante castellano; atravesó varios corredores, cruzó tambien sus antecámaras, sin parar la atencion un instante en sus mas íntimos amigos, y entró en su cámara; pero en ella quedó sorprendido y confuso como no podia imaginar.

En un rico sillon dorado, forrado de damasco azul, estaba sentada una mujer, á juzgar por su traje talar y sus delicadas manos; y el príncipe reconoció en ella á su adorada *dama negra*. A pocos pasos de la dama estaba Gonzalo, de pié y en actitud meditabunda; al ver al príncipe, saludó y salió, cerrando la puerta tras sí. D. Juan se acercó algunos pasos á su misteriosa beldad, y tartamudeó algunas escusas.

—Callad, le replicó la dama con voz metálica y sonora, no me digais una palabra; ó mejor dicho, respondedme: ¿á qué habeis venido á Namur?

—He venido, respondió el príncipe queriendo encontrar una disculpa en el verdadero motivo de su viaje, he venido á Namur, porque los traidores me rodeaban, porque necesito reposo.

—¿Y qué esperabais conseguir saliendo de Malinas?

—Estar lejos de las traiciones; vivir en paz algunos dias.

—Os habeis engañado, príncipe. La traicion os sigue á todas partes: la paz estará siempre lejos de vuestro corazon, D. Juan.

—Lo sé por desgracia: lo sé, y ahora estoy haciendo la esperiencia.

—¿En qué os fundais para creer lo que acabais de proferir?

—Antes que yo entraron en Namur dos hombres á toda carrera.

—¿Sabeis quiénes son esos hombres que os siguen con tanto teson?

—No los conocí, tan bien ocultaron sus rostros.

—¿Sabeis en dónde paran esos dos hombres tan temidos?

—No lo sé; y ¡vive Dios! que holgara mucho de saberlo.

—Están alojados, D. Juan, en el *parador de los caballeros*, cuarto principal número 3. ¿Queréis saber cómo se llaman?

El príncipe guardó silencio, aunque revelaban sus ojos una viva curiosidad.

—Se llama el uno, prosiguió la dama, el capitan Roberto; es el otro Mos de Theron, vuestro encarnizado enemigo.

—¡Mos de Theron! murmuró el príncipe, llevando su mano á la espada.

—Mos de Theron y Felipe de Marnis: los dos enemigos de D. Juan.

Hubo un instante de silencio: la dama prosiguió despues:

—¿Sabeis algo mas de traiciones? ¿A mas traidores conoceis? preguntó la dama.

—Nada mas sé, repuso el noble caballero.

—Poco sabeis, príncipe. En el espacio de veinte y cuatro horas han llegado á Namur mas de seiscientos soldados alemanes: el pretesto de su venida es reclamar algunos atrasos; el objeto, reunir una fuerza formidable para disponer á su antojo del gobernador general. ¿Sabeis quién los llama y reune?

—No lo sé, dijo el austriaco tristemente, y adelantándose algunos pasos.

—Los llama el capitan Roberto, que será su jefe inmediato.

—Los llama el capitan Roberto, murmuró D. Juan.

—¿Qué mas sabeis? volvió á preguntarle la dama.

—Repito otra vez que nada sé.

—¿Conoceis, príncipe, á Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Lo conozco: lo he visto repetidas veces y he hablado con él otras muchas.

—¿Quién es Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Uno de los miembros mas influyentes de los Estados generales.

—¿En dónde se encuentra á estas horas el señor de Capres?